

¿ HAS VISTO LA



LETRA DE SAIDA?

¡Pues no te la pierdas!

Saida nunca había celebrado la Navidad, pero siempre que llegaban esas fechas no podía evitar contagiarse de la alegría que se respiraba a través de las paredes de sus vecinos, los villancicos cantados por los niños, y ese maravilloso olor que penetraba por las ventanas cerradas y que no podía dejar de disfrutar. Tener otra religión no le impedía disfrutar de la alegría de los demás... y contagiarse de ella.

Esos fríos días eran especiales también para ella. Le encantaba pasear por el pueblo, ver las puertas adornadas con guirnaldas, y las lucecitas de colores que se intuían a través de las ventanas. Pero, sin duda, lo que más llamaba su atención eran esos graciosos muñecos obesos, con espesas barbas y ridículos trajes rojizos trepando por las paredes.



Ese año era especial en la casa de Saida porque Papá era otra de las víctimas invisibles de la llamada crisis. Y era precisamente en esa época cuando papá y mamá más echaban en falta el olor de su tierra, el brillo de su arena, y el calor de sus zocos y sus calles repletas de gentes. Y la misma pregunta, esa maldita que durante un tiempo no les dejó dormir allí en Marruecos, volvió a sus pensamientos.

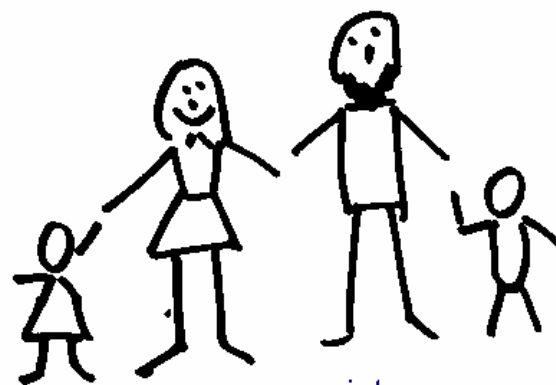
¿Mejor quedarse o arriesgar y marcharse en busca de una vida mejor?

Por suerte, en su casa, a cientos de kilómetros del hogar de su infancia, guardaban todo el amor que necesitaban, sin duda el mayor de los tesoros que poseerían nunca. Y ahí entraba Saida.

Papá, mamá y sus cuatro hermanos menores lo eran todo para nuestra Saida... Y daba gracias - a su Dios - por tenerles a su lado. No todo el mundo corría con semejante suerte... que no era poca.

A Saida no le importaba que en una fecha de compras y juguetes no pudieran comprarle apenas nada . Los caprichos no son buenos compañeros de viaje, pero eso muy pocos lo saben. Saida tenía mucha suerte, porque ella lo tenía muy claro.

Saida no tenía la mejor bici, ni la muñeca que acababan de anunciar en la televisión, ni una minúscula colección de Barbies... ni siquiera lloraba por la plaza porque sus papis no le hubieran comprado una “chuche!” más... pero es que Saida tenía claras tantas cosas...



Ella tenía pocos juguetes - en realidad eran más de los que necesitaba - pero eran los mejores porque eran suyos y podía compartirlos con sus hermanos. Además, Saida era tan lista que se inventaba los juguetes que no tenía, lo que le permitía jugar a todo y cuanto quisiera. Era tan lista, tan lista... que sabía que no hay mayor juguete que el de su imaginación. ¡Y ese era un regalo que le dieron al nacer... el único que nunca se rompía!

Pero he mentido. Saida sí que tenía un capricho... como niña que era. Y este no era otro que poder seguir en el colegio, donde aprendía tantas

cosas, donde no era más ni menos que nadie, y donde se estaba haciendo una mujercita en compañía de tantas otras niñas que, aunque de diferente país, eran sus amigas.

Sus padres, que lo sabían, lucharían porque su niñita se hiciera una mujer como las demás del pueblo. Ni más... ni menos.

Aunque era de otro país llevaba en ese pueblo mucho más tiempo que la mayoría de esos que le tildaban de “extranjera”, y todo el mundo la conocía porque era una niña educada, muy buena y muy, pero que muy, guapa. Además, Saida siempre tenía una sonrisa para un menor, para un mayor... para todos. Y eso la gente se lo agradecía. Por eso todos querían a Saida.



Era abierta como pocos, siempre dispuesta a oír un cuento contado a otros, a participar en un juego al que no le habían invitado, a entablar una conversación con alguien desconocido... y muchos no lo entendían.

A algunos les molestaba esa actitud, porque no comprendían que Saida se acercara a ellos sin otro obsequio que el de su inocente sonrisa... ¡Ojalá no cambies nunca, Saida!

Si unos padres contaban un cuento a sus hijos sentados en la escalera de la plaza allí estaba Saida, sentada a su lado, siempre sonriendo, acercándose lentamente... Si dos niñas estaban jugando con unas muñecas en el césped allí cerca estaba Saida, sonriendo e intentando

incorporar dos amigas más en su larga lista de seres queridos... Y si veía algo raro, algo que llamara su atención, allí acudía ella, sin importarle el pudor o la vergüenza. Para ella todo era curiosidad, todo eran sonrisas... todo eran ganas de aprender y de disfrutar de los momentos que la vida le regalaba... y nunca quería molestar. Para ella esa palabra ni existía en su vocabulario. Ya digo... ¡no cambies nunca Saida!

Otros niños, a pesar de tenerlo todo, o eso creían, no tenían ese brillo que Saida plantaba en sus ojos. Para ella un pequeño ejército de hormigas era un acontecimiento, unas niñas jugando con un patín era otro espectáculo, oír una conversación entre un padre y un hijo era como escuchar una canción, y adentrarse en un cuento era algo casi mágico.

Pero Saida perderá ya mismo esa ventaja que le da su infancia, y, si tiene suerte, seguirá estudiando. Porque Saida es muy buena estudiante.

Por cierto... ¿has visto la letra de Saida? Tiene una mezcla de la bella caligrafía árabe y la nuestra... es preciosa, y muy cuidada.



Y fue ayer cuando nosotros conocimos a Saida. Estábamos en la biblioteca y ella se acercó a nuestra mesa con su bendita inocencia. Hacía mucho frío fuera. Yo jugaba viendo cuentos con mis hijas, y ella hacía sus deberes en silencio... Pero no podía dejar de mirarnos. Y sonreía.

Con ese descaro que sólo puede tener un niño nos miraba sin ocultar la mirada. Y no dejaba de sonreír.

De pronto se levantó y se dirigió a nosotros. Me preguntó, con su maravilloso descaro, qué estaba escribiendo, y le dije que un cuento. Se emocionó tanto que me pidió que le escribiera uno.

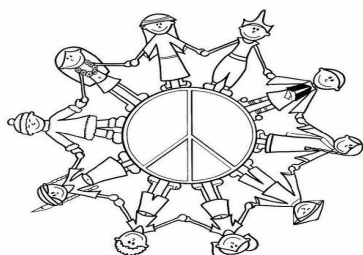
Nos enseñó su libreta, y me emocioné al ver su letra tan bonita y cuidada. Jamás vi a nadie tan educado como Saida. Nos miraba a mí y a mis niñas con admiración, con cariño... y con mucho respeto.

Aunque ya nos habíamos encontrado con ella en ocasiones por la plaza, y otras veces se había adentrado en algún que otro cuento contado al salir del colegio, ayer estuvo con nosotros toda la tarde, contándonos cosas de su vida, de su cultura... de sus muchos años en este pueblo.

Y ahora tenemos una nueva amiguita... Saida, que en árabe significa FELICIDAD.

¿Sabes qué es lo mejor de la Navidad? que todos podemos disfrutarla... aunque no la celebremos... por el motivo que sea. ¡Gracias Saida!

Para Saida. Felices Vacaciones



De sus amigos Josa, Macu, Carmen y Cruz

Imágenes por Carmen Rodríguez Gaya

Saida es una amiguita de Sevilla la Nueva